

ÁLVARO DE
LA IGLESIA
**iNene,
caca!**



El magnífico humorista Álvaro de Laiglesia escoge como motivo de este libro esa frase tan familiar repetida generación tras generación a los niños cuando se deseaba prohibirles algo. El autor, con su gracia habitual justifica la razón de tan curioso título diciendo en un divertido prólogo: "la vida está llena de manos autoritarias que nos dan fuertes cachetes cuando nos aproximamos a los temas intocables".

Componen esta obra siete narraciones cortas, en las que este maestro indiscutible del humorismo muestra una vez más su estilo irónico, divertido, chispeante y, en todo momento, inimitable.

HABLA EL AUTOR

LECTOR:

Te suena el título de este libro, ¿verdad?

Al oírlo, te habrás sentido transportado a tu más remota infancia. Porque ésta fue, sin ninguna duda, la primera frase que entró en tus pequeñas entendederas:

—¡Nene, caca!

Y me atrevo a afirmar que no entró con suavidad, sino con la ayuda de muchos cachetes.

Si no estás de acuerdo conmigo, tumbate en un sofá al estilo psiquiátrico. Luego, revuelve en el último rincón de tu memoria hasta encontrar el primer recuerdo de tu vida.

Te doy tres minutos para revolver.

¡Revuelve...!

¡Revuelve...!

¡Revuelve...!

¿Lo has encontrado ya? Pues dime ahora si ese primer recuerdo no corresponde a un hecho parecido a éste:

Tú, que apenas levantabas tres palmos del suelo, habías empezado a descubrir el mundo en que naciste. Con pasos aún vacilantes, interrumpidos por caídas frecuentes, ibas recorriendo la casa de tus padres y asombrándote ante todo lo que veías.

De pronto, viste algo que llamó tu atención. Y alargaste la mano para cogerlo. Pero antes de que pudieras tocar el objeto admirado, detuvo tu impulso la voz autoritaria de un adulto:

—¡Nene, caca!

Y te quedaste petrificado, con el brazo tendido, sin atreverte a atrapar lo que pretendías. Y si ya lo habías atrapado, tuviste que soltarlo a toda prisa. Porque ese grito iba siempre acompañado de un castigo corporal (azote, capón o cachete) para el nene que lo había desobedecido.

No te extrañe que haya adivinado tu primera experiencia infantil, lector, porque la mía fue idéntica. También yo, revolviendo en el desván de mi pasado, encontré ese mismo recuerdo. Estaba en la página inicial del libro de mi memoria. Te lo voy a contar:

Siendo yo muy pequeño, entré en un cuarto muy grande. En aquel cuarto, encima de una mesa, había un florero lleno de flores. Las flores eran hermosas, de colores vivos, y atrajeron mi atención.

Junto a la mesa había una silla, a cuyo asiento logré encaramarme después de una penosa escalada.

Desde aquella cima, pude contemplar mucho mejor toda la hermosura del florero. Las flores, frescas y alegres, estaban muy cerca de mí. Tan cerca, que caí en la tentación de coger una. Y alargué la mano hacia la que me pareció la más bonita de todas: una flor grande, redonda, azul, por cuya corola asomaba un dorado penacho de estambres y pistilos.

Las puntas de mis dedos llegaron a tocar los pétalos, suaves y temblorosos. Pero no pasaron de ahí, porque una mano enorme se abatió sobre la mía. Y acompañando al manotazo, la voz terrible de un adulto irritado me gritó:

—¡Nene, caca!

Ya no recuerdo de quién era la voz, pero no he olvidado el doble dolor que sentí: en la mano, por el golpe que me había dado; en el corazón, por la mentira que me habían dicho.

«Pero ¿qué caca ni qué nene muerto? —pensé, doblemente dolorido—. La caca no debe tocarse, porque es fea y repelente. Y esto lo sé, no porque me lo hayan enseñado los adultos, sino porque me lo dice mi instinto. La caca me

inspira un asco instintivo desde que nací. Pero yo, en este caso, no pretendía tocar el interior de un orinal ni recoger del suelo una boñiga de caballo. Soy un niño, no un guarro. Yo trataba de acariciar una flor que me había impresionado por su belleza. ¿Por qué me lo prohíben y me engañan, diciéndome que las flores no se tocan porque hieden y manchan?

Nadie me explicó la razón de esta primera injusticia, a la que siguieron muchas más.

Días después de mi incidente con la flor, me ocurrió algo semejante con una pastorcilla de porcelana. La descubrí encima de una consola, cerca de un reloj antiguo y muerto desde hacía muchos años. Pero la pastorcilla estaba modelada con tanta gracia, que parecía viva. Y me atrajo por la frescura de sus colores.

También esta vez, cuando intenté acariciarla, recibí un castigo físico en mis huesecillos metacarpianos acompañado de la consabida advertencia verbal:

—¡Nene, caca!

¡Caca la porcelana de Sèvres! ¡Caca las flores!... ¿En qué mundo de locos había yo nacido, donde todo lo bonito era caca y estaba prohibido? Porque las prohibiciones continuaron durante toda mi infancia, sin que nadie me diera nunca ninguna explicación.

Caca fueron para el nene que suscribe, cuando intentó tocarlas, todas las cosas que se citan en esta lista:

Las copas de cristal.

El terciopelo que tapizaba los muebles del salón.

Las botellas de vinos y licores.

Los platos de pasteles preparados para las visitas que venían a merendar con los adultos.

Lo que quedaba en los platos cuando las visitas ya habían merendado.

Las cajas de cigarros y las cajetillas de cigarrillos.

Los juguetes demasiado caros, que se guardan hasta que el nene tenga edad de jugar con ellos sin romperlos.

(O sea, hasta que el nene ya no tenga edad de jugar con ninguna clase de juguetes.)

La ropa de los adultos, y muy especialmente los trajes nuevos.

Todos los frascos, botellines y tarros del tocador de mamá.

Todos los tubos, chirimbolos y aparatejos para que se afeite papá.

Las lámparas, estufas e instalaciones eléctricas en general.

Y tengo que poner un ETCÉTERA mayúsculo, porque me estoy dando cuenta de que la lista sería interminable.

La verdad es que todo aquello que estaba o podía estar al alcance de mis manos, con la única excepción de cuatro juguetitos bastante costosos, era intocable para mí. Porque según seguía diciéndome a cada paso la gente grandullona, el mundo entero (menos mis cuatro juguetitos) estaba hecho con la misma materia prima: la caca.

* * *

Años más tarde, cuando crecí y pude tocar casi todo lo que me dio la gana, comprobé hasta qué punto me habían engañado. Admito que en nuestra civilización abunda la caca, pero existen también materias gratas al tacto y al olfato.

A lo largo de mi vida, rica en experiencias de índole diversa, mis manos han gozado muchas veces tocando cosas muy agradables: las cuerdas de un violín, las teclas de un piano, las curvas de una mujer...

Y no obstante, el «¡Nene, caca!» sigue resonando en mis oídos. Y en los tuyos, lector. Y no porque se nos quedara grabado en la memoria de nuestra infancia, sino porque las prohibiciones nos persiguen también en la edad adulta.

La vida está llena de manos autoritarias que nos dan fuertes cachetes cuando nos aproximamos a los temas intocables.

El «Se prohíbe», tan prodigado en este mundo, no es ni más ni menos que la versión del «¡Nene, caca!» para personas mayores. Varía la frase que nos conmina a obedecer la prohibición, y el castigo que a veces es una multa en lugar de un cachete. Pero pensándolo bien, ¿no sigue todo bastante igual que cuando éramos niños?:

- «Se prohíbe coger flores.»
- «Se prohíbe pisar el césped.»
- «Se prohíbe hablar con el conductor.»
- «Se prohíbe dar comida a los animales.»
- «Se prohíbe el paso.»
- «Se prohíbe fijar carteles.»
- «Se prohíbe hacer aguas.»
- «Se prohíbe escupir.»
- «Se prohíbe cantar.»
- «Se prohíbe tocar los cuadros.»
- «Se prohíbe aparcar.»
- «Se prohíbe apearse en marcha.»
- «Se prohíbe asomarse a las ventanillas.»
- «Se prohíbe fumar...»

Hay también miles de prohibiciones sin rótulo conminatorio, pero con artículo en los códigos de las leyes civiles y penales. Prohibiciones que van desde no matar a no mentir.

Y la gama es tan extensa, que pongo aquí otro ETCÉTERA más mayúsculo que el anterior. Acabo de darme cuenta de que la lista de cosas prohibidas a los adultos es más interminable aún que la de las prohibidas a los niños.

Por esa misma razón, este libro se llama así: ¡NENE, CACA!

Porque todos los seres humanos somos nenes más o menos grandes, rodeados de prohibiciones por todas partes.

Porque este libro contiene varias historias de seres humanos, que viven como pueden en esta jungla de prohibiciones.

Porque conviene burlarse un poco de esta manía prohibitoria, a ver si tomándola a cachondeo conseguimos detenerla.

Porque si no la detenemos, nuestras libertades se irán restringiendo cada vez más. Y llegará un día en que alguna generación futura, cuando quiera nacer, encontrará cerradas las puertas de la vida con esta inscripción:

«Se prohíbe vivir.»

Lo cual sería una lástima, pues la vida es hermosa a pesar de todo.

Cierto que en este mundo no es oro todo lo que reluce, pero tampoco es caca todo lo que huele.

ÁLVARO DE LAIGLESIA

Glosario

En la variada y regocijante gama que esmalta los títulos de los libros de Álvaro de Laiglesia faltaba uno de evocación escatológica. La presente obra nos lo aporta, y mediante una frase muy familiar, repetida generación tras generación por cuantas personas han tratado y tratan con pequeños. El autor, en un prólogo que no tiene desperdicio, justifica con su peculiar donaire la razón del prohibitivo título. “La vida está llena de manos autoritarias que nos dan fuertes cachetes —nos dice— cuando nos aproximamos a los temas intocables.”

Al hábil y sabroso prólogo siguen siete novelas cortas, género en que Álvaro de Laiglesia es maestro indiscutible. El interés con que se acoge toda producción suya es la prueba más evidente.

Sería difícil clasificar por méritos las divertidas narraciones que integran la obra; en ellas hay diferencias sensibles que aquilatan su variedad, en ellas se abarcan todos los registros. Pero todas ofrecen rasgos comunes: ironía, gracejo, intención, sutilidad, destreza, dotes que descuellan inconfundibles en cada una de las páginas del genial humorista.

Partida para el nacimiento

LA AERONAVE estaba inmóvil en las tinieblas.

Por los altavoces de la cabina destinada al pasaje, empezó a hablar una voz angelical:

—Señoritos pasajeros —dijo con infinita dulzura—, éste es el vuelo número ciento tres del día de hoy, con destino a España. Dentro de unos instantes, partiremos hacia los hogares donde tienen ustedes que nacer. Volaremos a la velocidad de la luz. De la luz que ustedes verán cuando nazcan. La duración aproximada del vuelo será de treinta y cinco minutos. Treinta y cinco minutos, desde el momento de la partida. Permanezcan en sus asientos y obedezcan todas las órdenes que reciban por estos altavoces. Muchas gracias.

La cabina era muy semejante a la de un avión militar destinado al transporte de tropas paracaidistas. Sólo en la forma, claro está, porque los materiales empleados en su construcción parecían muy sutiles e incluso impalpables. Yo diría que la materia más empleada en esta estructura aeronáutica era la nube prensada. Pero no el nubarrón denso y negruzco, sino la nubecilla ligera y blanquísima.

Los pasajeros, en el interior de esta cabina superliviana, iban sentados frente a frente en dos largos asientos colocados a ambos lados. Este compartimiento terminaba, hacia la proa de la aeronave, en una puerta interior que conducía a otro compartimiento ocupado por el piloto y la tripulación; hacia la popa, en una compuerta de lanzamiento al exterior.

No hace falta decir que la aeronave no tenía ventanillas circulares, como los aviones corrientes, puesto que nadie puede ver nada hasta que no le dan a luz. ¿Y qué falta ha-

cen las ventanillas si el paisaje prenatal, por el que vuelan las almas hacia la vida, es la oscuridad absoluta, la impenetrable tiniebla anterior a la vida?

Poco después que los altavoces enmudecieran, la aeronave fue sacudida por un levísimo estremecimiento acompañado de un zumbido apenas audible. La puerta anterior de la cabina se abrió entonces, y entró por ella una azafata. O mejor dicho: el equivalente angélico a una azafata de carne y hueso, de las que prestan sus servicios en cualquier avión de gasolina y metal. También ésta iba uniformada y llevaba en la cabeza un gracioso gorrito, aunque se diferenciaba de las azafatas humanas en que todas las prendas de su uniforme eran completamente blancas.

La azafata llevaba una bandeja, que fue presentando a todos los pasajeros.

—¿Qué es esto? —preguntó una pasajera joven y guapa.

—Chupetes —informó la azafata—. Coja uno.

—¿Para qué?

—Para practicar durante el vuelo. Dentro de muy poco van a nacer, y lo primero que harán es ponerles un chupete. Conviene que tengan práctica, pues de lo contrario podrían ahogarse.

—¿Y cómo se manejan estos chismes? —preguntó un chico rubio y alegre, cogiendo otro chupete de la bandeja que le presentaba la azafata.

—Se introducen en la boca hasta la arandela de celuloide, y se chupan. El chupete estimula la secreción salivar y evita el llanto.

Mientras la azafata continuaba el reparto de chupetes, la pasajera joven comentó:

—Me parece que en este vuelo me voy a marear.

—No puedes marearte —le recordó el rubio, que estaba sentado en el asiento de enfrente—, porque no hemos nacido todavía. Y aún no tenemos cuerpo para experimentar sensaciones físicas.

—Pero el mareo es una sensación psicológica —replicó la muchacha—. Y mi psicología, que ya está hecha y la llevo puesta, tiene tendencia a marearse.

—Piensa en otra cosa para distraerte —sugirió un negro atlético que se había sentado solo, lejos de los blancos, cerca de la compuerta de lanzamiento al exterior—. Si te distraes pensando en otra cosa, tu psicología no se mareará.

—Eso es lo que tienes que hacer —estuvo de acuerdo el rubio—: pensar en el mundo maravilloso que te espera al final de este viaje; en la cuna calentita donde iniciarás una vida estupenda, llena de sorpresas agradables...

—Agradables no sé si serán —dijo ella—, pero sorpresas no van a faltarme. La primera se la daré yo a mis padres cuando nazca, y les va a sentar como un tiro.

—¿Por qué? —preguntó sin mucho interés un tipo gordo y abúlico que dormitaba en el asiento, cerca de la muchacha.

—Porque ellos están convencidos de que van a tener un niño —explicó ella—. Es tan fuerte su convencimiento y tan grande la ilusión que les hace la idea, que ni siquiera se les ha pasado por la cabeza que pueden equivocarse.

—¿Y qué? —se encogió de hombros el abúlico mientras la azafata, que ya había terminado de repartir los chupetes, volvía a la cabina de la tripulación.

—Que lo han preparado todo para recibirme como a un varón —dijo la chica—. Mi cuna es azul, y mis ropitas también. Me esperan montones de pantaloncitos, botitas y chalequitos azules. En el cuarto que me destinan, las paredes están pintadas de azul. Ese color embadurna todos los objetos y accesorios destinados a mí. Voy a tener un auténtico empacho de azul.

—Eso no quiere decir nada —opinó el rubio.

—¿Cómo que no? —demostró ella—. Cuando unos padres esperan una niña, en sus preparativos para recibirla predomina el color rosa. Y las falditas con puntillitas cursili-

tas. Y las notas femeninas en el cuarto que ocupará. ¿Es verdad o no?

—Sí, claro.

—Hay también matrimonios neutrales —continuó la muchacha—, dispuestos a aceptar lo que Dios quiera mandarles. Ésos no se inclinan por el rosa ni por el azul: preparan un ajuar blanco, que la criatura puede usar con dignidad cualquiera que sea su sexo. Pero los padres que me han correspondido a mí, sólo desean un varón.

—No puedes saberlo con tanta seguridad —trató de tranquilizarla el rubio.

—Me consta —insistió ella.

—No puedes guiarte únicamente por el color de la ropa que te han preparado. A lo mejor, en la tienda donde te la compraron sólo tenían azul.

—No me guío sólo por el predominio de tonos azules en mi equipo, sino por otros muchos detalles.

—¿Cuáles?

—Los juguetes, por ejemplo —concretó la chica—, que ya me han comprado en gran cantidad para que juegue durante toda mi infancia. No hay entre ellos ni una muñeca: sólo rifles, pistolas, soldados de plástico y disfraces para que me vista de cow-boy o de bombero.

—Ninguno de esos detalles tiene importancia —insistió el rubio, siempre optimista.

—¿No, verdad? —le rebatió ella—. ¿Y tampoco la tiene el nombre que me piensan poner? Porque ya han decidido que, pase lo que pase, me llamarán Bernardo.

—Eso ya es más grave —opinó un jorobadito menudo y feo, que ocupaba una pequeña porción de asiento no lejos del tipo gordo y abúlico.

—Tampoco —negó el rubio, cuyo optimismo era inquebrantable—. Porque cuando pase lo que va a pasar, y nazcas tú en vez de un niño, tendrán que cambiar de opinión.

—No cambiarán.

—¿Cómo no van a cambiar, mujer? Por ilusionados que estén y por tercos que sean, a ti no pueden llamarte Bernardo.

—Pero me llamarán Bernarda, que es horrible.

—En el peor de los casos, que sería ése, tú le aplicas el diminutivo y lo transformas.

—¿En qué? ¿En Bernardeja?

—No, mujer: en Bernardina —siguió animándola el rubio—. Y Bernardina, para una chica que tenga personalidad, es un nombre bonito y alegre.

—Lo que no va a ser alegre —suspiró ella— es la cara que pondrán cuando me vean.

—Es posible que te miren con disgusto —admitió el eterno optimista— e incluso que te digan alguna impertinencia. Pero en seguida se les pasará el enfado y te cogerán en brazos.

—¿Para qué? ¿Para tirarme a la basura?

—No, mujer: para besarte; para hacerte carantoñas; para empezar a quererte. Porque estoy seguro de que te harás querer desde el primer momento.

—¿Cómo puedes saberlo tú? —desconfió la muchacha.

—Me lo imagino —continuó el rubio con entusiasmo—. A la vista de lo guapa que serás cuando llegues a la plenitud de tu vida, es fácil imaginar que vas a ser una recién nacida preciosa.

—¿Tú crees? —sonrió un poco ella, empezando a sentirse menos deprimida.

—¡Pues claro que sí! Y a una preciosidad de niña se la acepta inmediatamente.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo el jorobadito, interviniendo en el diálogo después de sacarse el chupete de la boca—. Lo difícil para los padres no es aceptar una beldad, sino cargar con un adefesio.

—Depende —intervino de nuevo el optimismo del rubio—: si el adefesio es varón, cargan con él tan contentos.

—¿Por qué? —quiso saber la chica.